



www.loqueleo.es

© 2022, Pablo C. Reyna

© 2022, Eugenia Ábalos

Representados por Tormenta, www.tormentalibros.com.

© Letra de la canción «A tu vera»: Rafael de León y Juan Solano, 1962.

© De esta edición:

2022, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-405-1

Depósito legal: M-21860-2021

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: febrero de 2022

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega,

Álvaro Recuenco y Laura Ruiz



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

El concurso de los abuelos

Pablo C. Reyna

Ilustraciones de Eugenia Ábalos

loqueleg

Para la abuela Angelita

Prólogo

Cerca de aquí, entre las monumentales montañas de los Pirineos, se encuentra el valle de Espistao. La historia de este lugar ha sido un no parar de auges y caídas.

7

Comenzó hace un porrón de años, en el Cenozoico. Por aquel entonces, la Tierra era un polvorín y las capas tectónicas no sabían estar-se quietas. Al principio, se formó una cordillera que colocó a Espistao bien arriba, presumido. Fue su primer auge.

Pero inmediatamente después las placas tectónicas se movieron un poquito más y... ¡bruuuum! Espistao se hundió y convirtió en un valle para la perpetuidad, de esos que miran desde abajo. Esta fue su primera caída.

La zona vivió su segundo apogeo alrededor del 10 000 a. C. Los cromañones y los neandertales de Espistao quedaron en reunirse por primera vez para intercambiar conocimientos y crear una nueva comunidad. Con esa alianza, el valle viviría una revolución que lo pondría a la vanguardia de la Prehistoria. A su lado, lo de Atapuerca quedaría en un jardín de infancia.

Pero la formación del valle no solo originó un lugar aislado, sino que sus montañas también crearon un viento genuino de Espistao: el recierzo. El día que neandertales y cromañones debían sellar la unión, bajó ese viento que pica como un demonio, provocó una estampida de mamuts... y no quedaron en pie ni las pinturas rupestres.

Durante los siglos siguientes, el valle de Espistao acogió triunfos y catástrofes, siempre con el recierzo de testigo.

Si los romanos levantaban un acueducto, venían los bárbaros y lo tiraban.

Si los musulmanes apuntalaban una muralla, los cristianos la derrumbaban.

Si los españoles construían un fuerte, llegaban los franceses y lo hacían saltar por los aires. Eso si el recierzo no lo hacía antes.

Cada vez que el valle de Espistao asomaba la nariz, enseguida venía la historia para recordarle cuál era su sitio. Así ocurrió durante siglos y siglos, hasta que la región cayó en el olvido. La mayoría de las familias emigraron a la capital, donde cambiaron el recierzo por la contaminación. Hasta las vacas se querían marchar.

Parecía que al valle de Espistao le había llegado la hora. Los hombres de ciudad dijeron que el campo estaba acabado y que nadie querría repoblar un lugar así. Pero entonces llegó el siglo XXI, con sus locos vaivenes, y el mundo rural se puso de moda otra vez. El teletrabajo devolvió a muchas personas al campo, donde podían respirar aire puro con internet de alta velocidad.

De ese modo, el valle de Espistao volvió a vivir una época de esplendor.

Tanto que el mismísimo empresario Jonathan Goldteeth levantó aquí su nueva urbanización.

El bando

10 Kiko fue el primero en llegar a la rotonda. El niño estaba tan impaciente que ni siquiera bajó de la bicicleta.

Se refugió a la sombra del cartel de bienvenida: «Invierta en futuro. Invierta en la urbanización». El letrero, visible a un kilómetro de distancia, mostraba al joven Jonathan Goldteeth con camisa blanca, flequillo negro engominado y una sonrisa brillante. Era la imagen del éxito.

El chico escuchó un pedaleo que se acercaba por el asfalto. Antes de levantar la vista, ya sabía que era su amiga Angi. Sus rizos rojizos asomaron por debajo del casco y seguro que había empezado a sonreír desde que salió por la puerta de su casa.

—*Sorry!* Lola Cortex ha publicado una nueva canción —dijo a modo de saludo. Kiko asintió con la cabeza. Con Angi no le hacía falta hablar: ella lo hacía por los dos—. ¿Crees que, si le escribo, vendrá a las fiestas?

Era una pregunta para ella misma, por supuesto. Un chico que se las daba de duro como Kiko no se interesaba en la música de Cortex.

11

Angi no había terminado de hablar cuando llegaron otros dos niños en bicicleta. O en sidecleta, para ser exactos: era una bicicleta con un asiento con ruedines al lado, igual que un sidecar.

La que lo conducía era Carmen, la tercera de la pandilla de los Urbanitas. Sus gafas de pasta parecían de otra época, igual que su melena morena cortada a tazón. Llevaba un casco con protector de mandíbula, recubierto a su vez con una funda de punto con un dibujo de estrellas. Carmen frenó justo en medio de los dos.

—No me gusta salir a estas horas. Puede darnos un corte de digestión.

Esa era Carmen: siempre tenía un comentario de abuela en la boca.

—¿Y permitir que los otros tengan ventaja? —Kiko apretó el manillar—. Ni en broma.

12 La silla de la sidecleta estaba ocupada por Tono, la incorporación más reciente de los Urbanitas.

Tono tenía un flequillo rubio puntiagudo que recordaba a la torre Eiffel. Su nariz respingona parecía el morro de un ratón y hablaba tan bajito que a veces tenía que gritar solo para que advirtiesen su presencia.

—Gracias por dejarme participar —dijo desde la baja estatura de su asiento.

Su ilusión tenía un motivo: Tono y su familia se habían mudado a la urbanización solo seis meses atrás; antes vivían en el centro del pueblo de Espistao, donde el chico no era un Urbanita todavía, por descontado, sino que pertenecía a una pandilla rival.

Consorcio
Goldteeth



Al principio Kiko dudó si dejarlo entrar en los Urbanitas. Solo cambió de idea cuando pensó en que podría venirle bien para ganar apoyos como líder.

Ni por esas: Tono también actuaba como si Angi fuese la cabecilla del grupo. Aquel recuerdo puso a Kiko de mal humor.

14

—Vamos a ser los últimos, tardones.

E inició el camino hasta el pueblo sin esperar a los demás.

Angi, quien actuaba como si no le importase el liderazgo, pedaleó hasta ponerse por delante de él.

—Esta ocasión será distinto, Kiko —dijo animada—. Llevamos un año preparándonos para ganar.

Con Kiko y Angi a la cabeza del pelotón, y Carmen y Tono detrás en la sidecleta, la pandilla hizo el camino que separaba la urbanización del pueblo.

Mucha gente piensa en nieve cuando escucha el nombre de los Pirineos, pero solo es así

durante unos meses del año. En el verano, los únicos puntos blancos son las cumbres de los picos, y los habitantes del valle solo tienen que ponerse la chaquetilla después de cenar. A mediodía, si el sol calienta, puedes achicharrarte igual que si estuvieses en Benidorm.

Por suerte, los niños tenían un asunto entre manos que hacía que se olvidasen del calor: el concurso del valle.

15

Desde tiempos inmemoriales, Espistao celebraba sus fiestas con la llegada de las vacaciones. Todos los vecinos de la zona se acercaban al pueblo para participar en sus bailes, conciertos y juegos populares.

La mayoría de las fiestas populares son idénticas. Suenan las canciones famosas de siempre, se repiten los puestos de churros y hasta los borrachos parecen los mismos... Pero, desde hacía tres años, las fiestas de Espistao eran muy distintas de las demás. Fue cuando Jonathan Goldteeth, el propietario de la urbanización, inyectó una buena suma de

dinero al ayuntamiento para atraer la atención de cualquier inversor.

Desde entonces, se había vuelto una costumbre que cada año se celebrase un festival de jazz o que una estrella de Hollywood fuese jurado de la Tortilla World Cup. Espistao quería ser el nuevo destino de moda y, entre todos los eventos de las fiestas, había uno que los niños esperaban por encima de todos los demás: el concurso infantil.

La idea había surgido de la alcaldesa, doña Jara, con el fin de «cohesionar la convivencia entre los niños de las distintas zonas del valle». Eso en la teoría, porque en la práctica el concurso desencadenaba una lucha despiadada de las pandillas por demostrar su superioridad.

El primer año, el concurso tuvo una temática animal. Los niños de las zonas compitieron junto con sus mascotas para conseguir el preciado premio.

Ganaron los Rurales, por supuesto, hijos de los ganaderos que vivían al otro lado del pue-

blo y que aprendían a montar en oveja antes que en bici. Los Urbanitas solo contaban con el camaleón de Angi, y estaba más preocupado en comer col que en saltar obstáculos.

El segundo año, justo el anterior, la temática del concurso giró alrededor de la historia local. El resultado fue una yincana por el pueblo, que acabó con Kiko con un pie atrapado entre los listones podridos del campanario y Carmen de baja por un ataque de tos.

17

Como era de esperar, ganaron los niños del pueblo, más conocidos como los Lugareños. Llevaban siglos en el valle y conocían cada callejón. A Kiko no se le fue el disgusto hasta Navidad.

Pero en esta ocasión los Urbanitas estaban más preparados que nunca. Habían dedicado el invierno a estudiar la geografía, fauna y flora de Espistao. También habían sumado a Tono al equipo. Fuese lo que fuera que hubiese preparado la alcaldesa esta vez, iban a hacerse con el premio.

El premio. Kiko soñaba a menudo con él. Era tradición que el equipo ganador participase en una multiaventura que consistía en dormir en la copa de un árbol, alimentarse de frutas silvestres y cruzar precipicios en tirolina, todo ello grabado por Pirineos TV. Era tan peligroso que, si no salías con medio cuerpo escayolado, se lo tomaban como una desconsideración.

La pandilla terminó el descenso al núcleo urbano más tarde de lo esperado (Carmen no soltaba el freno ni sobre plano) y callejearon hasta la plaza mayor, tan bonita que parecía sacada de una postal. Cuando llegaron, los niños de las otras pandillas, mucho más numerosos que ellos, ya estaban preparados para el anuncio. Miraron a los Urbanitas con altanería.

—Pensaba que este año os ibais a rajar, Angi —dijo Silván, el cabecilla de los Lugareños. Era un chulo al que ya le asomaba el bigotillo.

Los otros niños del pueblo rieron. Angi lo observó con desdén.

—Ni lo sueñes. Vais a morder el polvo.

Kiko, que estaba justo detrás, se tragó sus palabras. Eso era justo lo que iba a decir él. Hizo nota mental de ser más rápido la próxima vez para que no se confundiesen de líder.

Como si el conflicto no fuese con él, Tono saludó a su antigua pandilla. Kiko lo fulminó con la mirada. ¿Y si era un espía enviado a los Urbanitas para sabotearlos? Tendría que estar atento. Sabía de lo que los Lugareños eran capaces.

19

En otra esquina de la plaza estaban los Rurales, el tercer grupo en discordia. Su cabecilla, Marieta, los miraba desafiante mientras masticaba un tallo de trigo. Los demás miembros de su pandilla eran igual de rudos.

—No sabéis ni desangrar un cerdo sin mirar internet —se mofó la chica—. Los Rurales volveremos a ser el mejor equipo de los tres.

Marieta hizo bola con el músculo del brazo. Kiko y Silván tragaron saliva.

—Disculpad —dijo una vocecilla próxima. Era una niña muy repipi que grababa con el móvil mientras hablaba—. Me ha parecido que

habláis de tres equipos..., pero nosotros también vamos a participar.

20 Nadie había reparado en la cuarta pandilla, los Forasteros. Era un grupito de piel cetrina y ropa cara que ocupaba un solo baldosín de la plaza. Aunque vivían en la ciudad, siempre pasaban un mes de vacaciones en el pueblo. Eran alérgicos a más animales de los conocidos, lloraban si se manchaban la ropa y sus resultados en los últimos concursos habían sido peor que catastróficos. Urbanitas, Lugareños y Rurales ni siquiera se molestaron en provocarlos.

—Pobres —susurró Carmen, conmovida—. Creen que tienen alguna oportunidad.

Por suerte, la aparición de la alcaldesa en el balcón del consistorio, un edificio antiguo de piedra, aparcó las disputas para otro momento.

Doña Jara era regordeta y bajita, y la persona más joven de la democracia en gobernar Espistao. Llevaba el pelo cortado a la altura del cuello y los labios pintados de rojo intenso. Los

vecinos decían que se había vuelto una moderna desde que estudió en Huesca capital.

La regidora tomó el micrófono, pero solo para presumir de la nueva megafonía. El pueblo era tan pequeño que podías oír un pedo desde la otra punta.

—Vaya, vaya. ¡Sí que estáis ansiosos por el concurso infantil! —De pronto, el altavoz emitió un pitido y del susto doña Jara casi tiró el micrófono a la plaza—. Como sabéis, el valle de Espistao celebra sus fiestas grandes cada verano y, desde hace tres años, contamos con el patrocinio del... —tuvo que leer de un papel— Consorcio Goldteeth, «la empresa del futuro, el sueño de los niños y niñas de hoy».

Como si esperase a la señal, el propio Jonathan Goldteeth salió al balcón del ayuntamiento. Su simple presencia provocó la exclamación de los asistentes. Tono suspiró:

—De mayor quiero ser como él.

Jonathan Goldteeth no aparentaba ser tan mayor, sin embargo. Su cutis terso y su man-

díbula deslumbrante eran más propios de un hombre a punto de cumplir la treintena. Irradiaba juventud.

22 Pero esa juventud no le había impedido amasar una ingente fortuna. Y, de entre todos los lugares del mundo, había elegido vivir en Espistao. Cada vez que se encontraban con él en la urbanización, montado en su cochecito-huevo, Gold-teeth los saludaba como si diese su bendición. En una ocasión, incluso lanzó unas monedas por la ventanilla «para que *empieséis* a invertir». Kiko todavía guardaba la suya de cincuenta céntimos en el cajón de las cosas importantes.

—*Gracias, gracias* —dijo con un ligero acento extranjero desde el balconcito—. El concurso infantil es mi *máximo* ilusión.

El magnate se llevó las manos al pecho e hizo una forma de corazón. Después guiñó un ojo a los Urbanitas, que no pudieron disimular el orgullo de ser vecinos.

Mientras tanto, la alcaldesa continuó con su anuncio:

—Me satisface tanto ver a los niños y niñas del valle tan unidos y unidas... —Las pandillas intercambiaron miradas amenazantes. La líder de los Rurales hizo sonar los nudillos—. Imagino que estaréis impacientes por conocer el bando sobre el concurso.

—Que lo suelte ya —murmuró Kiko, nervioso—. ¿En qué consistirá esta vez?

23

Kiko soñaba con un concurso de resistencia. Quería probar que era un chico duro capaz de correr, nadar y escalar.

Angi cruzó los dedos porque se tratase de un concurso de baile donde imitar a Lola Cortez. Carmen prefería un concurso de pasatiempos, con una sopa de letras a contrarreloj. Tono... se conformaba con que Kiko lo dejase participar.

La alcaldesa no esperó más y desenrolló el bando para leerlo:

—Pues bien: «Se hace saber que...». Bla, bla, bla... Disposiciones legales aburridas, objeciones de los concejales de la oposición... Aquí está: «El concurso infantil se celebrará dentro

de siete días, a las once en punto de la mañana, en la plaza mayor —anunció—. Esta ocasión, los protagonistas no serán las mascotas. Tampoco la historia local. Este año, para ganar, deberéis participar... con vuestros abuelos».